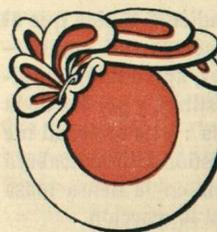


## LA REFORMA TRIUNFANTE



LA actitud intransigente de Juárez había terminado la cuestión política; nada que estuviese fuera de la Constitución sería solución posible; toda transacción se basaría sobre el acatamiento de la Constitución y la Reforma. Y nada menos. El origen del PLAN DE TACUBAYA había sido la necesidad de reformar la Constitución de 57; Juárez dejaba el juicio de esa necesidad á un Congreso que debería elegirse de conformidad con la ley electoral expedida por los constituyentes y que tendría los requisitos y caracteres de un Congreso constitucional. Eso era, en resumen, toda la concesión. Desde aquí vemos cuán acertado anduvo Juárez en todo ello y cuán bien aconsejado por su perseverancia. Los mismos jefes constitucionalistas, Degollado, González Ortega, y detrás de ellos Doblado, Uruga y otros, titubearon en aquellos momentos supremos; á haber triunfado sus miras, dictadas por la inmensa presión que en sus ánimos ejercía el anhelo infinito de paz dominante en la Nación, las complicaciones habrían surgido en serie interminable y toda la obra reformista habría quedado en tela de juicio y Méjico estaría aún empantanado en un sendero tenebroso. Nada de eso fué, gracias á la inflexible serenidad de Juárez; su carácter, su gran carácter fué la barca en que tomó pasaje para el porvenir la suerte de la República. Más aún; á medida que, en presencia de los sucesos, se medita más hondamente en los grandes factores entonces en activo juego, se adquiere la íntima convicción de que la fortuna para el programa reformista consistió en estar encarnado en un hombre que todos veían

como la expresión auténtica y única de la ley. En la tempestad revolucionaria los vaivenes fueron tan terribles; la orientación se perdía con tanta facilidad en aquella noche que durante dos años acrecentó sin cesar su tiniebla; la brújula constitucional era tan poco conocida, tan poco creída por aquellos hombres de combate que saltaron á defender el Código supremo cuando muchos de ellos ni lo habían leído siquiera, que á haber faltado una representación viva, palpable, material, habrían transigido cien veces sobre reformas á la ley fundamental, nulificándola para siempre. Que estas transacciones frecuentemente intentadas no llegaran á herir la Constitución en sus obras vivas, fué el servicio que Juárez hizo con sólo representarla, con sólo darla existencia humana en él mismo. Por eso cuando Degollado ó González Ortega no tenían empacho en sacrificar la personalidad del Presidente, el instinto de la revolución se rebelaba en una protesta unánime y la prensa clamaba: «No, no es posible prescindir de Juárez; el día que él desapareciese, la Constitución quedaría convertida en unas cuantas hojas de papel á merced de los huracanes.»

\*\*\*

¶ Miramón, mejor que ninguno de sus partidarios, estaba convencido de que el fracaso del sitio de Veracruz marcaba el límite de crecimiento de la resistencia reaccionaria; desde aquella línea divisoria comenzó la pendiente rápida que al cabo debía confundirse con la pendiente de la tumba. Cegado por las manifestaciones siempre iguales del populacho de algunas ciudades, aplaudidor sempiterno de los triunfadores (si es que aplaude, que más bien silba), y por las de la clase acomodada y devota, era quizás sincero cuando decía: «La sociedad me sirve poco en los campos de batalla, y confieso que en la cuestión militar acabará la suerte por serme adversa.» Sólo por relámpagos entreveía en la densa masa social la organización poderosa que minaba para siempre á la reacción.

¶ La generación que nació con el siglo y que comenzó á tener conciencia de sí misma en los días de la Independencia y de la Constitución española de 1812 resucitada el año de veinte, llevaba á su cabeza un grupo selecto: Ramos Arizpe, Zavala, Esteva, Gómez Farfás y otros; no muchos, no una legión; pocos, pero muy audaces, muy resueltos; voluntades, inteligencias, caracteres, no número. El número (hablamos sólo del mundo político) era el de los que, más ó menos creyentes en las instituciones libres, lo subordinaban todo al deber religioso: Iglesia y Patria era su lema, el lema moderado, el de Santa María, Bocanegra, Tornel y sus amigos; otro había: Iglesia antes que Patria, el lema conservador de Alamán. Debajo estaba la inmensa masa primitiva, el plasma social, vegetante, irresponsable, anónimo. Y, lo repetimos, en esta masa estaba, y en parte está todavía comprendida, no por la vida material y social, sino por la mental y moral, la plebe DECENTE de los ignaros, de los incapaces de emanciparse, de los no-valores. Esta generación, por medio del pacto de 1824 con los moderados, trató de compartir el poder, trató de adueñarse de él por la violencia (presidencia de

Guerrero). El partido moderado y sus fáciles alianzas con el conservador, marcaron el fin de esta tentativa con la presidencia de Bustamante, que fué una transacción. Pero esta transacción duró poco y entonces pudo hacer un nuevo ensayo la generación federalista y buscó la destrucción de los privilegios legales y sociales del clero en 1833 con Gómez Farfás, Mora, Espinosa de los Monteros...

¶ Había calculado mal el partido reformista entonces; creyó que la resistencia estaría en relación inversa de su ardor y su impulso. No fué así y todo vino por tierra, hasta el federalismo, que parecía incommovible. Pero á través del centralismo y la dictadura y las asonadas militares, la idea liberal seguía su camino; en la misma Constitución de LAS SIETE LEYES que organizó el centralismo, se la ve aparecer en la institución parlamentaria, en los derechos individuales, en la elección popular. Pero en las BASES ORGÁNICAS, la segunda Constitución centralista, su acción es todavía más marcada; sino que entonces se creía que no había liberalismo completo sin federalismo. La generación reformista, la que no creía que hubiese liberalismo completo sin libertad de conciencia y sin supresión de clases privilegiadas, educó á la que de 57 á 61 hizo la Reforma, cuyo prólogo fué la Constitución actual, cuyo epílogo fueron las leyes orgánicas de 74. Los abogados (y muchos indígenas entre ellos), la mayoría de los abogados de la República era reformista; su educación misma lo exigía; la unidad de la ley, la ley común, la ley para todos, la igualdad ante la ley, eran fórmulas que substancializaban la filosofía jurídica; todo estudiante de derecho pensaba así, no podía pensar de otro modo. Unos no sacaban consecuencias prácticas de sus ideas, sino que se dejaban llevar por la corriente y aceptaban EL HECHO-GOBIERNO, prescindiendo del derecho. Otros pretendían marchar por largas etapas hacia la realización de un ideal que no era el de la masa social, que apenas vivía en su crisálida de devoción y de miedo al diablo. Estos rodearon á Comonfort y se alzaron contra el artículo de libertad de cultos: Montes, Lafragua, Escudero y Echanove, Payno. Un grupo que eligió á Juárez con plena conciencia por jefe, ése quería ir á la Reforma, sin retardar más, aceptando la guerra civil con todas sus consecuencias; ni había otro camino.

¶ El año de 1860 había sucedido que en todas las ciudades el corto núcleo reformista se había enriquecido con nuevos adeptos: los que por odio instintivo á todo Gobierno esencial y fatalmente militar como era el Gobierno reactor, por aborrecimiento á las vejaciones sin cuento de la policía encargada de perseguir conspiradores y de llevar á cabo exacciones infinitas, deseaban el cambio y aspiraban á la victoria liberal; los moderados que, exentos de toda responsabilidad en la obra magna de creación de la sociedad laica, obra de Juárez, Degollado, Ocampo y Lerdo de Tejada, comprendían que estaban fatalmente contados los días del Gobierno conservador, que tenía que pasar, que esta vez pasaría para siempre. Y todos los moderados se pusieron en movimiento y eran bien acogidos, porque eran hombres de estudio, de experiencia; porque, impotentes para llevar á cabo las revoluciones, eran admirables para transformarlas en Gobierno. Todos conspiraron, con los deseos por lo menos, en contra del Gobierno de Miramón. Pero á estos elementos, y á veces íntimamente amalgamado con ellos, se mez-

claba el de los adjudicatarios de antaño y el de los nuevos adjudicatarios y los que querían serlo para hacer rápidas y fáciles fortunas; muchos extranjeros había entre ellos, muchos codiciosos; y por último los muchachos, los estudiantes, los que acababan sus estudios, médicos, abogados, ingenieros del día siguiente; era ésta la parte inquieta, bulliciosa, á veces heroica, risa fresca y sonora de la guerra civil, que anunciaba como un repique el advenir de las mañanas nuevas. ¶ Con una burguesía formada así, era inútil luchar; todos los triunfos de la reacción iban á ser neutralizados, deshojados por infinitas manos que intentaban quebrar el sable y profanar el altar. ¡Los triunfos! El tiempo de los triunfos había pasado.

\*\*\*

¶ El general Uruga había organizado una fuerte columna, como sabemos ya, y se dirigió sobre San Luis. Toda su estrategia había consistido en dar tiempo á los constituyentes de Zacatecas y Aguascalientes á que se unieran al débil núcleo de fuerzas con que contaba y que Díaz de la Vega, operando con decisión y presteza, habría podido aniquilar. En vísperas del encuentro se pusieron á sus órdenes, con fuerzas de Guanajuato y Michoacán, Antillón y Régules. Desde ese momento, lo que llamó Degollado «el ejército del centro» estaba en aptitud de combatir con el tercer cuerpo de ejército reaccionario mandado por un viejo soldado muy perito y muy prudente, pero á quien le faltaba el ardor que poseía en grado sumo su rival y contemporáneo Uruga. La batalla de Loma Alta fué completamente favorable á los reformistas; puede decirse que el denominado tercer cuerpo de ejército quedó prisionero con casi todo su armamento y oficialidad. Y entonces se presentó un caso singular: el general Uruga, tomando sobre sí toda la responsabilidad de un acto generoso, no sólo perdonó la vida á los jefes, lo que era inusitado, sino que los puso en libertad absoluta; Degollado recibió con emoción la noticia; en Veracruz dudaron de la eficacia, no del perdón, sino de la libertad concedida á los prisioneros. ¡Estaban tan vivos los recuerdos del tiempo de Comonfort! Además, los actos de una grande y absoluta generosidad no estaban en el temperamento de Juárez, no lo están en el de su raza. En él la cultura y los vaivenes de la vida habían atenuado los ángulos de la crueldad étnica; pero nunca era espontáneo en él un acto de grandiosa clemencia; veía las consecuencias frecuentemente contrarias al fin buscado, y á fuerza de reflexión se limitaba y se reservaba.

¶ Tenía razón quizás. Séame permitido intercalar aquí un recuerdo personalísimo: era el segundo año del restablecimiento de la República, si no recuerdo mal; el general Negrete se había pronunciado con objeto de apoderarse de una conducta que pasaba por Puebla, confiada al coronel Yepes: era difícil apoderarse de una conducta llevada por este oficial de hierro. Negrete fué fácilmente derrotado, capturado y conducido á Méjico muy poco después. Era claro que iba á ser fusilado, y en opinión de mucha gente sería debía serlo. Su vida no autorizaba, en efecto, para reconocerle principios ni concederle fines ajenos á su in-

terés propio y egoísta. Pero Negrete estaba inscrito en la tabla de bronce del 5 de Mayo; tenía derecho á la inmortalidad frente á los fusiles de la República. Así pensábamos los estudiantes de derecho: mientras Joaquín Villalobos y Alejandro Casarín organizaban peticiones gigantescas conduciendo por calles y plazas procesiones de diez mil personas, los estudiantes de derecho nos reuníamos en la Escuela, y uno de ellos hizo adoptar una solicitud de indulto al Sr. Juárez; luego, gracias á la intervención del diputado Frías y Soto, el autor de aquella inflamada petición pudo leérsela al Presidente, que la escuchó sin modificar un solo pliegue de su rostro impenetrable. «Puede Ud. anunciar á sus compañeros que Negrete no será ejecutado. Pero estimaría (tales fueron casi literalmente sus palabras), estimaría que ustedes comprendiesen que los que gobernamos tenemos que tener por mira principal la conveniencia pública, y no podemos dejar la preponderancia al sentimiento. Suprimiendo (MATANDO, creo que dijo) á estos que tienen por profesión hacer revoluciones, se salva la vida de millares de personas; y ya que ustedes hablan del respeto á la vida humana, sería bueno que pensarán en que así se la respeta más y se vela mejor por ella.» El estudiante no respondió nada, pero no olvidó la lección, ni olvidó tampoco la impresión de que aquella sangre zapoteca caldeaba otras excelsitudes, no la de la ternura humana, como Shakespeare diría.

¶ El general Uruga tuvo en aquellos momentos un colosal prestigio; era, por fin, el esperado caudillo militar, el hombre de la experiencia y de la ciencia que reduciría á humo la presuntuosidad de los generales de veintiocho años que gobernaban al viejo ejército. Degollado, que después de Loma Alta había ocupado San Luis, aprobó los planes del flamante vencedor. Atacar á Méjico era imprudente, era buscar á Miramón en el centro de sus elementos y en la fuente de sus arrestos. Ir sobre Guadalajara rápidamente, aplastar á Woll, que mandaba allí por la reacción, antes de que Miramón llegase en su auxilio, era un plan atrevido; pero Uruga, en toda la fuerza de la vida entonces, sólo gustaba de los planes atrevidos y odiaba la defensiva: atacar, atacar, era la suma de su estrategia y de su táctica; así Napoleón. Marchó con su ejército sobre Guadalajara, á donde había dado cita á Ogazón, dueño ya de casi todo el Estado de Jalisco; sólo Tepic, á donde se había retirado desde Colima el infatigable general reaccionario Calatayud, resistió. Ogazón hubiera deseado tener consigo á Rojas y á todo el auxilio que las fuerzas de Sinaloa podían prestarle, antes de amagar seriamente á Guadalajara; pero la impaciencia imperiosa de Uruga le obligó á precipitar sus planes. Miramón, reorganizado en Méjico y metiendo en sus filas á muchos de los oficiales perdonados en Loma Alta, avanzaba por el Bajío. Nunca tuvo su empresa un aire más marcado de aventura; en realidad no era ya un presidente á la usanza reaccionaria, era un bravo CONDOTTIERE que todo lo fiaba á su estrella y á la punta de su espada. Es de presumir que nunca el general Zuloaga hubiera pensado en darse un coadjutor y menos del temple de Miramón, si hubiera de otra manera podido salvar su presidencia de las garras un poco brutales del general Echeagaray y de las escondidas en terciopelo de D. Manuel Robles Pezuela. Pero le fastidiaba y fastidiaba á su familia y á tres ó cuatro ca-